

Michel Lafon (1954-2014)

El sistema Michel

Perder a un amigo es perder un interlocutor, lo que equivale a perder un tema de conversación, o mejor dicho un conjunto de temas, el conjunto que se reunía en ese amigo y lo hacía ser quien era. Es mucho lo que se pierde, una pequeña y entrañable totalidad, un mundo personal que se aleja para siempre. Ahora, sin Michel, podré seguir hablando de Borges con un amigo, de Hitchcock con otro, de Tintin con otro más... Pero la resonancia de esos temas entre sí dentro de una mente alerta y cordial que había hecho amistad con la mía, eso lo he perdido.

¿O no? Quizás hay un modo de recuperarlo, identificando todos los elementos que dispersó la muerte y reuniéndolos en un sistema orgánico y funcional que podemos alojar dentro de nosotros y poner en marcha cada vez que nos haga falta: el "sistema Michel". No hay que pensar en un sistema hecho de conceptos, como los sistemas de los filósofos, sino en uno conformado por elecciones e indiferencias, gustos y rechazos, preferencias de lectura y hábitos de razonar. Tratándose de Michel, el conjunto está ordenado por la incorporación de la infancia al saber de la literatura; fue su estrategia para evitar las puerilidades del realismo y las melancolías de lo obvio. El trabajo intelectual, alimentado por una erudición lúdica, no fue nunca para él una burocracia profesional sino la exploración de los enigmas que encierran los libros, tanto los clásicos como los folletines populares que amaba, sin desdeñar las novelas policiales que fueron su última y apasionada lectura. A su sistema lo ponían en movimiento los diversos juegos de una inteligencia aplicada al arte narrativo. La inteligencia que se necesita para rodear y desvelar los enigmas que encierra todo relato,

Aquí interviene Borges, en quien Michel encontró ya cristalizada la utopía inteligente del relato. Sobre sus libros practicó una filología en la que el placer del descubrimiento iba a la par con el encuentro de los resortes secretos del goce de la literatura. Pero Borges no fue un punto de llegada sino el Virgilio que lo conduciría a su patria de elección, la Argentina, su patria sólo a medias imaginaria. El rigor cartesiano del francés encontró su complemento ideal en la anarquía mental argentina.

Como los héroes de algunas aventuras, o como todos los héroes de todas las aventuras, conjugaba dos vidas, en dos continentes de los que conocía lo mejor. Salvo que esa duplicación geográfica fue sólo una de las que ejerció. Cultivar el Otro junto al Uno, de modo de generar un tercero que pudiera hacer el gesto creador libre de psicologismos o teorías, fue la clave de su sistema. Libre como un niño que lo supiera todo, fue acumulando los dobles, al ritmo de su curiosidad, sus lecturas, y también de sus amistades. La escritura en colaboración, el bilingüismo, la traducción, las dos escrituras del Quijote, el eco de palabra e

imagen en la *bande dessinée*, Voreppe y Buenos Aires, fueron los espejos móviles de su vida. En esos laberintos de aventura sigue deslizándose la figura de nuestro amigo. Y siento que desde allá nos invita a volver a ser su Otro, para reanudar la conversación interrumpida.

César Aira